

Siempre de acuerdo con la mitología, es una de estas larvas humanas la que arrojándose a una hoguera, da origen, en Teotihuacán, al Quinto Sol. El sol de *movimiento*, propio de Quetzalcóatl. La hoguera de la que emerge el astro —e igualmente de una hoguera sale la Estrella Matutina— simboliza la acción que al quemar los límites individuales, permite al espíritu comulgar con el Gran Todo.

De ahí que la incineración haya formado parte del ritual funerario. El historiador indígena Ixtlixóchitl indica el momento en que las poblaciones nómadas llegadas tardíamente al Altiplano mexicano (alrededor del siglo XII) adoptaron esta ceremonia náhuatl:

“...y aquella noche estuvieron con él, hasta que el otro día al amanecer lo quemaron... Ixtlixóchitl fué el primer emperador chichimeca que se enterró con semejantes exequias, que es conforme a los ritos y ceremonias de los toltecas...”²

Lógicamente, los *grandes artesanos* de Teotihuacán debían practicar la incineración, pero faltaba descubrir la prueba arqueológica. Desde la primera sepultura, estuvimos casi seguros de poseer esta prueba, porque los huesos presentaban caracteres que parecían ser los vestigios de un cuerpo sometido al fuego: no subsistían más que las partes más sólidas, y éstas, de un matiz de oro oscuro, se encontraban en un estado de fragilidad anormal. Aunque descubrimos lo mismo en cada una de las sepulturas, hubiera sido imprudente afirmar el uso de la incineración antes de conocer el resultado de los análisis a que están sometiendo los restos los especialistas del Instituto de Antropología, si el azar no nos hubiera hecho encontrar un *bulto* de muerto carbonizado.

Los documentos antiguos relatan que inmediatamente después del deceso, el cuerpo, en una postura que permitía sentarlo, era envuelto en telas y atado. A este bulto se le dedicaban los discursos y las ofrendas. Después de la ceremonia de la hoguera, se recogían las cenizas y se las enterraba piadosamente. Sahagún especifica que no quemaban al perro que servía de guía en el otro mundo, y en efecto, los esqueletos de este animal que exhumamos, situados siempre aparte de los restos humanos, generalmente al norte, estaban completos.

Así, habiendo escapado inexplicablemente a la regla según la cual las hogueras tenían que encenderse en la superficie del suelo —puesto que los Cronistas transcriben los rituales que tenían lugar durante la consumición del cuerpo y al momento de retirar lo que había escapado a las llamas— este *bulto* fué colocado en una sepultura, provisto de un acompañante para el más allá, y, una vez encendida la leña y recubierto todo de tierra, abandonado a su suerte.

Se necesitaron varios días para extraer de este montón de polvo negro, trabajosamente puesto al abrigo del viento, todo lo que interesaba. En primer lugar, el esqueleto, que aunque estaba en parte quemado parece ser más o menos completo. En seguida la cerámica, entre la que se encontraba una de esas muñecas, típicas de Teotihuacán, que el fuego, al

deshacer las ligaduras de brazos y piernas, había reducido, al igual que el cuerpo humano, a piezas separadas. Lo que más abunda en el material carbonizado es, naturalmente, la leña. Vienen después los restos del tejido que debía envolver el *bulto*, fragmentos de cuerda, de una cesta, de un cepillo, varias espigas de maíz, granos de frijol...

Estos residuos negros que guardaban intactas las formas de una vida tan frágil, ese fondo de cesta con sus espirales, la trama de aquella tela, ese nudo de cuerda, esos granos de maíz adheridos todavía a la espiga como si fuera lo más natural, poseían una gracia vivificante tal, que jamás el pasado de Zacuala logró imponer tan enérgicamente su presencia como a través de esas delicadas partículas vegetales.

Pocos días después tuve un sueño que traduce exactamente los sentimientos despertados por este hallazgo. Buscaba yo

ansiosamente —temiendo haberla perdido— una de las espigas de maíz desenterradas; la descubrí encima de una espiga fresca. Al cogerla, me di cuenta de que la punta de los granos carbonizados que habían estado en contacto con la espiga viva, comenzaba a germinar y que el más dulce de los verdes estaba invadiendo lentamente el negro.

Esta imagen, de un extraño parentesco con la del Códice Borgia en la que Quetzalcóatl, en su forma de Dios del Viento, está pegado a un esqueleto al que insufla la vida, nos pareció simbolizar a la perfección el papel creador que el arqueólogo debe apasionadamente tratar de asumir, si no quiere que las reliquias desenterradas expiren para siempre entre sus manos. Porque la arqueología, aunque a veces se la confunda con ciertos aspectos exteriores de su naturaleza, es esencialmente una gran aventura espiritual.

ATLAUTLA y POPOCATEPETL

Por Manuel ROMERO DE TERREROS

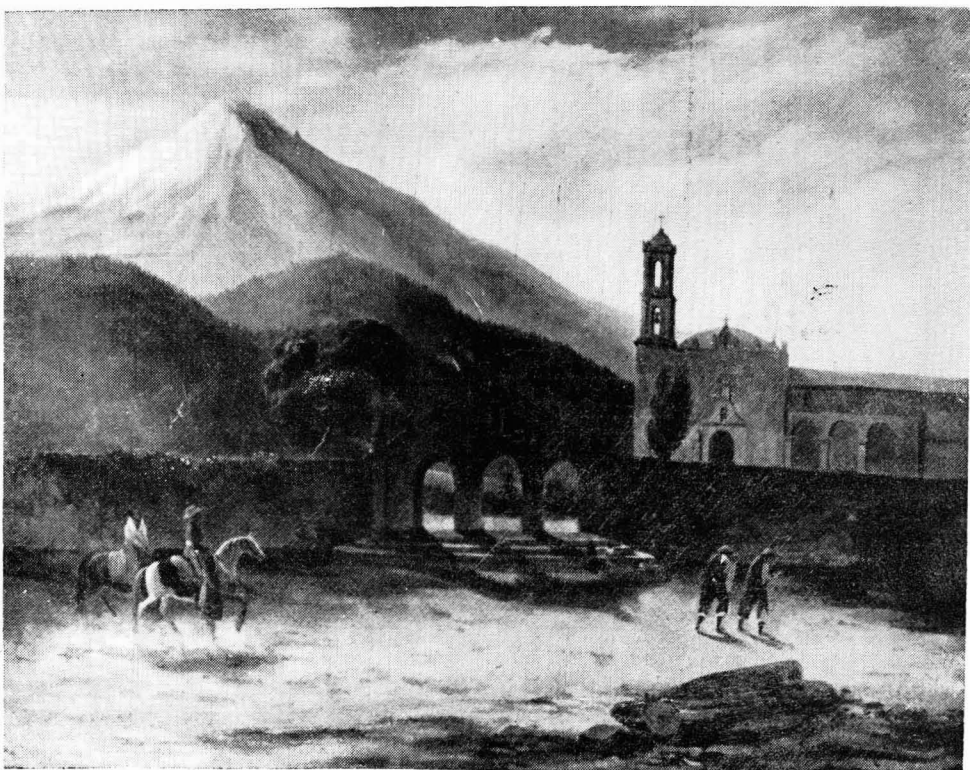
I

A dos kilómetros de distancia de Ozumba, en el Estado de México, y hacia el Sudeste, se encuentra la pequeña población, cabecera de Municipalidad, de San Miguel Atlautla, o Atlauca, como algunos la llaman. En realidad, hoy no ofrece este poblado más atractivos que su situación en los aledaños del Popocatepetl y su iglesia, sin que esto quiera decir que el templo sea un monumento de sobresaliente arquitectura.

Hay noticia de que en el año de 1660, a veintitrés de mayo, día de la Santísima Trinidad, efectuaron los Padres Domini-

cos, en Atlautla, una “reunión de barrios”; y es probable que en esa fecha empezara a construirse el templo.

Situada de Oriente a Poniente, con entrada por este viento, tiene la iglesia de Atlautla sencillísimo imahante y, del lado del Evangelio, torre de dos cuerpos, un poco más elaborada. En el lado opuesto, y contiguo al templo, un portal de tres arcos de orden dórico da acceso al patio, a la sacristía y demás dependencias. Pero este portal no puede haber servido antiguamente de “capilla abierta”, como en muchos otros lugares, porque tal clase de recintos ya no era necesaria en la época en que se construyó, es decir,



D. T. Egerton—La iglesia de Atlautla; al fondo, el Popocatepetl

² Don Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *Obras Históricas*, México 1892, t. II, pp. 96-7.

en pleno siglo XVII. Desde luego se echa de ver que el portal está inspirado en el del vecino convento franciscano de Ozumba, y quizás no fuera atrevido suponer que ambos hayan sido erigidos por la misma mano.

El amplio cementerio, o atrio, limitado por una barda de mampostería, tiene la usual portada de tres vanos, frente a la puerta principal de la iglesia. En él se encuentran las clásicas tumbas pueblerinas con sus ingenuos epitafios y varias lápidas que afectan la insólita forma de un féretro.

El interior del templo presenta actualmente aspecto de pobreza, si bien es cierto que se conserva con loable aseo. Es de una sola nave, con cubierta de tres bóvedas de pañuelo (una de ellas con minúscula linternilla), sostenidas por arcos formeros de medio punto; mientras que otro arco, también de medio punto (el tradicional arco triunfal), sirve de marco al ábside, de planta rectangular, el cual se cubre, a su vez, con sencilla bóveda elíptica.

Los altares laterales carecen de interés; pero el presbiterio conserva su antiguo retablo barroco, de talla de madera dorada, con columnas salomónicas, nicho central y remate con pinturas, entre ellas un *San Francisco de Asís* y un *Santo Domingo de Guzmán*. Quizás este retablo haya sido una de las primeras obras de aquel Francisco Peña Flor que erigió los hermosos altares de Ozumba, en 1724 y 1730. En la base del de Atlautla, del lado de la epístola, hay una inscripción, que reza así: "Por Su Magestad. Este partido, ... siendo Gobernador don Pasqual Cosme y Alcalde don Juan del Monte y Alguacil Mayor de la Iglesia don Miguel Angel, año de 1710, se acabó a 11 de enero de 1711 años."

Pero en Atlautla, como en Chimalhuacán-Chalco y otros lugares, desaparecieron, en fecha que no puede precisarse, las pinturas, seguramente al óleo, que exornaban el retablo, y éstas han sido substituidas, en época más o menos reciente, por ocho ingenuos cuadros de temas bíblicos, y cuatro pequeños de flores, de sorprendente dibujo y ejecutados en vivísimos colores, que constituyen, suponemos, buenos ejemplares de lo que tanto se ensalza actualmente: el arte popular.

Mas, a pesar de su humilde condición, la iglesia de Atlautla mereció, un día, ser reproducida en un cuadro al óleo, por un pintor inglés.

II

A fines de mayo del año de 1833, el Sr. Federico von Gerolt, Ministro de Prusia en México, y el Barón Luis Gros, Encargado de Negocios de Francia, con ánimo de intentar la ascensión del Popocatepetl, emprendieron tan aventurada excursión; pero, después de muchas peripecias, y de aprovechar durante la caminata los varios instrumentos científicos que llevaban, para hacer observaciones meteorológicas, geológicas y botánicas, no lograron llegar, y eso con enormes dificultades, más allá del picacho denominado *El Pico del Fraile*.

Mas esto no arredró a los aficionados alpinistas, como lo prueba la relación, que escribió después el propio von Gerolt y de la cual extractamos los párrafos siguientes:

"Aprovechando la experiencia que adquirimos en este primer infructuoso viaje,

resolvimos repetirlo en el año siguiente, antes de las aguas.

"En consecuencia de esta resolución, y en unión del pintor inglés D. Florencio Egerton, que quiso tomar parte en la expedición, salimos de Ozumba el día 28 de abril del año de 1834, muy de mañana, con tres guías indios, tomando el mismo camino que la vez pasada, por el pueblo de Atlauca; dos de nuestros guías, los hermanos Páez, fueron de los mismos que nos habían acompañado el año anterior. Provistos de todo lo necesario para la comodidad y seguridad, llevamos también una buena tienda de campaña, y bastones de 15 pies de largo con sus puntas de hierro para facilitar la subida, los cuales nos habían hecho mucha falta el año anterior...

"A las tres de la tarde llegamos al límite de la vegetación, donde pusimos la tienda de campaña, hicimos lumbre y salimos luego a reconocer el camino para el día siguiente.

"El 29, a las dos de la mañana, subimos como hora y media yendo a caballo; y no pudimos seguir por más tiempo montados, porque el mucho frío y la cantidad de arena no lo permitían.

"Acompañados de un criado y de los tres indios que llevaban los instrumentos

y algunos víveres, subimos con dirección al *Pico del Fraile*; para librarnos de los efectos del frío y del sol, nos habíamos tapado toda la cara con un velo verde, cuya precaución nos defendió bien de la reflexión de los rayos del sol en la nieve.

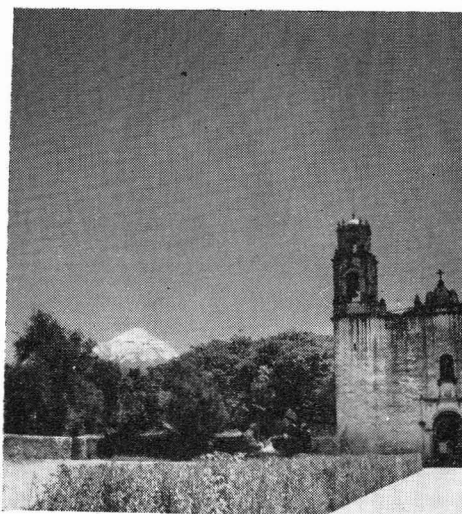
"El terreno entre el límite de la vegetación y el de la nieve perpetua es un arrenal interminable, cubierto de bolas de piedra pómez de todos tamaños...

"Como a las siete y media de la mañana, así que salió el sol, cuando nos hallábamos ya a bastante altura, nos sorprendió, como un portentoso fenómeno, la inmensa sombra del volcán, proyectada distintamente en la dirección del Poniente sobre el grande horizonte, que se presentaba desde nuestra altura a modo de un grandioso llano.

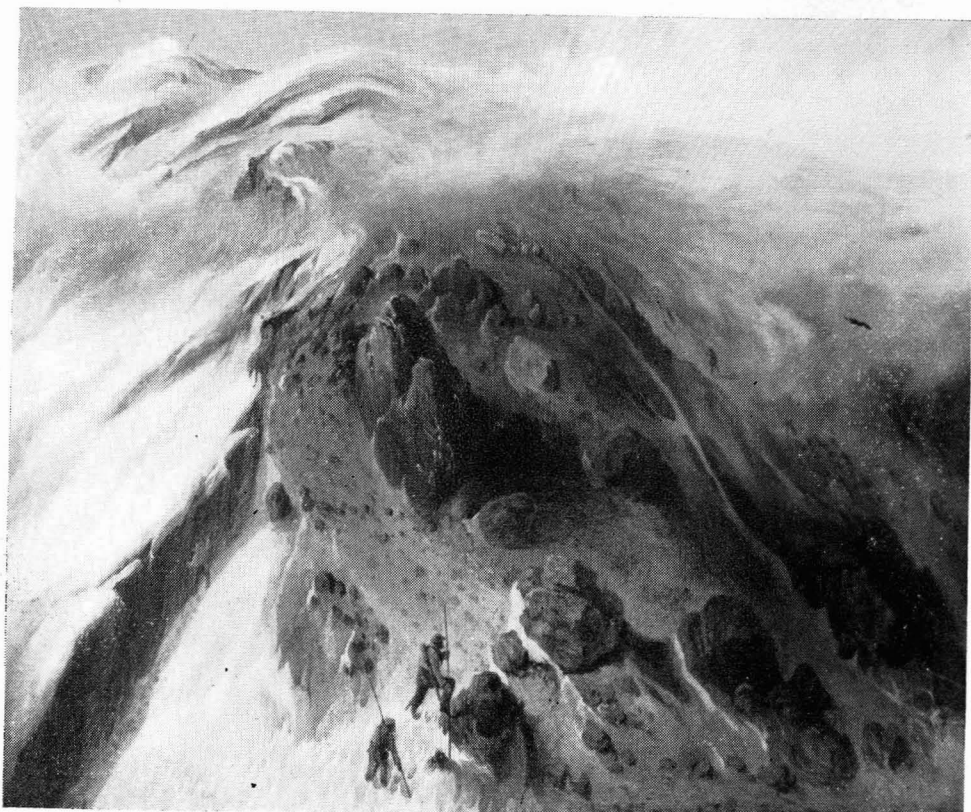
"A las ocho y media llegamos al *Pico del Fraile*, cuyo peñasco tiene 150 pies de alto... Descansamos allí como una hora, tomando un almuerzo muy ligero... Cuando quisimos continuar el camino, se negaron los indios a acompañarnos, por más instancias y promesas que les hicimos; esto nos ocasionó la necesidad de tener que dejar atrás parte de nuestros instrumentos... El criado del Sr. Egerton, muchacho de diez y seis años, fué el único que subió con nosotros a la cima del volcán.

"Un crestón de peñas, que desde el *Pico del Fraile* se dirige a la cumbre, nos impidió subir en línea recta, y tuvimos que tomar a la derecha hacia el Oriente, y bajar a una gran barranca, formada por el crestón mencionado, y otro que baja más al Oriente de la cima del volcán. En esta barranca, situada exactamente al Sur, se juntan las aguas de la nieve; porque no pudiendo ésta sostenerse por lo muy pendiente de la barranca, y por la arena suelta que hay en ella, rueda a las regiones inferiores, y da origen a muchos arroyos que por aquel lado derraman en el plan de Amilpas.

"Seguimos subiendo por la barranca, cuyo piso tiene una inclinación de 35° con el horizonte y encontramos en ella muy poca nieve, por la razón indicada,



El volcán visto desde la Iglesia.



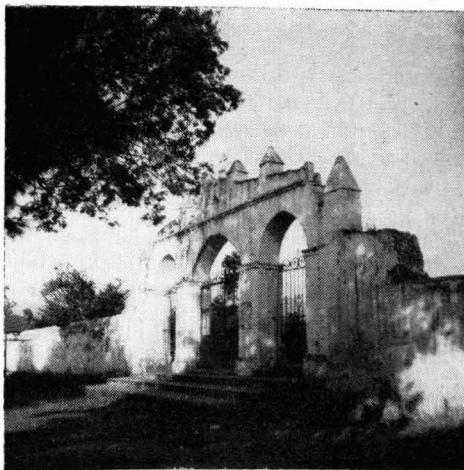
D. T. Egerton—Ascendiendo al volcán

aunque el límite de la nieve permanente queda ya de dos a tres mil pies más abajo.

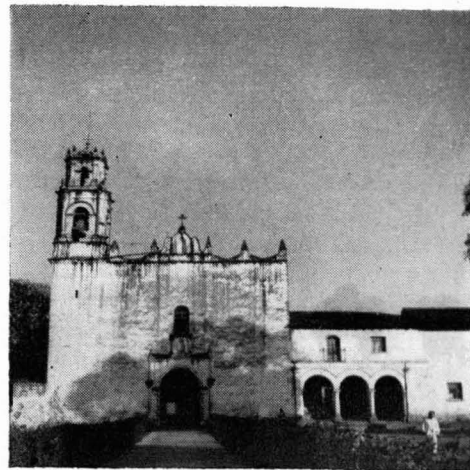
“Después de una subida de tres horas, tan penosa como peligrosa, por los parajes más riscosos y resbaladizos con el hielo, por donde teníamos que pasar, llegamos al fin, o mejor dicho, al principio de la barranca, al lugar en que acaba la arena, y empieza la lava maciza que forma la cúpula (*sic*) del volcán. Desde allí tuvimos que subir por la nieve, que aunque nos llegó por varios parajes hasta la cintura, no nos fatigó tanto como la arena, por ser más firme el piso. Como no se puede subir en derechura por el fuerte declive que tiene esta falda del volcán, tomamos primero la dirección al Poniente, y después al Oriente; y llegamos como a las dos y media a la cúspide.

“Hasta aquí no habíamos podido descubrir indicio alguno del cráter; pero en el momento de pisar su cima, se abrió a nuestros pies un abismo, cuyo aspecto nos llenó de sorpresa y terror, pues nos hallamos en el borde más alto del cráter, cuya parte más baja queda hacia el oriente. Su boca tiene la figura de una elipse irregular: su mayor diámetro está en la dirección de Nordeste a Sudoeste, y tiene como 5,000 pies de largo; su diámetro menor es como de 4,000 pies; de que resulta una circunferencia de más de una legua. Las paredes interiores del cráter bajan casi perpendicularmente a una profundidad de 800 a 1,000 pies; su fondo es un plano, no tan grande como la boca, pero de la misma figura. Como el sol daba dentro del cráter, vimos con claridad en su fondo, o plano, dos fuentes de azufre, exhalado continuamente en forma de humo blanco, el cual a poco de salir al aire se enfía y se deposita en las partes más bajas del cráter, sin llegar hasta arriba. Por este fenómeno se puede formar una idea de la temperatura que habrá debajo del plano del cráter. Este plano y las partes inmediatas parecen, según su color amarillo, cubiertas enteramente de azufre; y de aquí se puede deducir, que esta operación del volcán habrá ya mucho tiempo que dura; y creo que la angostura de la parte inferior del cráter, con respecto a la parte superior, es efecto en parte de esta acumulación de azufre por el espacio de muchos siglos. En la parte superior del cráter no se observa azufre; pero si hay multitud de agujeritos redondos, de dos hasta cinco pulgadas de diámetro, que despiden con ruido vapores de agua azufrosa, que salen alternativamente con más o menos fuerza. Para observar estos respiraderos del volcán más cerca, bajé por la parte del Oriente como 60 pies en el cráter, por las peñas de que se forma hacia aquella parte. . . “No podíamos descubrir punto alguno en el cráter por donde pudiera bajarse al fondo, lo que por otra parte hubiera sido también impracticable; porque la dificultad con que se respira en aquella altura, el estado de opresión y debilidad en que se encuentra el cuerpo, y la fuerte expansión de sangre, acompañada de dolores, principalmente en la frente y en los ojos, efecto de la grande disminución en la presión de la atmósfera, no permiten una larga demora en aquella altura.

“Después de un silencio sepulcral en en todo el día, sin haber visto un ser viviente, el ruido repentino del cráter nos hizo singular efecto, pues continuamente están cayendo piedras de las pare-



Portada del atrio-cementerio.



Fachada de la Iglesia.



D. T. Egerton—Cercanías del volcán.



D. T. Egerton—Cráter.

des con mucho estrépito en aquel abismo, aunque no observamos que el cráter mismo arrojase piedras o cenizas. También se oye, de cuando en cuando, y a intervalos, un estruendo subterráneo semejante a una salva de artillería cuando se percibe desde mucha distancia...

"Desde la cima del Popocatepetl, dentro del inmenso horizonte que se presenta en aquel punto, y que alcanza casi hasta los dos mares que bañan el continente americano, vimos al Oriente el volcán de Orizaba y el Cofre de Perote; al Sur, el plan de Amilpas; al Poniente, las serranías de Ajusco y el valle de Toluca, con su majestuoso Nevado; al Sudoeste, las montañas de la Sierra Madre por los Estados de Oajaca, México y Michoacán. Al Norte y Nordeste, se extendió delante de nosotros el valle de México y, en su fondo, las sierras de los minerales de Pachuca, Real del Monte, Atotonilco el chico, Zimapán, San José del Oro, el Doctor; y con menos claridad se distinguió la de Guanajuato. El *Ixtaccihuatl* estaba a nuestros pies, pero no pudimos descubrir en él ningún cráter..."

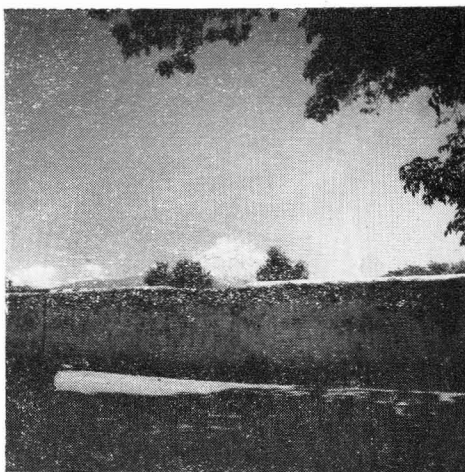
"A las cuatro de la tarde, después de haber enarbolado una gran bandera (que con este objeto había llevado el Barón Gros) en la cima del Popocatepetl, empezamos a bajar, y llegamos, al meterse el sol, sin novedad, a nuestra tienda de campaña, en la que pasamos la noche. Al día siguiente bajamos a Ozumba, y de allí volvimos a México al tercer día."¹

Tanto el Barón Gros como Daniel Tomás Egerton (no Florencio), como equivocadamente lo llama von Gerolt) eran dos distinguidos pintores, algunos de cuyos paisajes mexicanos, nos hemos complacido en dar a conocer, hace algún tiempo, en sendas monografías.²

III

Como fruto de su expedición al volcán, pintó Egerton cinco cuadros, que pasaron más tarde a formar parte de la colección del Profesor R. M. Dawkins, de la Universidad de Oxford,³ y recientemente fueron adquiridos por don Francisco González de la Fuente, quien los exhibe en sus "Galerías La Granja". Son algo mayores que los que de parecido tema pintó Gros, y a nuestro parecer más luminosos y artísticos. Están pintados al óleo sobre tela, y mide cada uno, aproximadamente 40 x 32 centímetros. Representan bellísimos paisajes de la comarca, alguno animado con figuras. Por cierto que la vista del cráter del Popocatepetl, que pintó Egerton, se asemeja en grado sumo, tanto en dibujo como en colorido, a la que del mismo sitio ejecutó su compañero el Barón Gros.⁴

En uno de estos cuadros de Egerton aparece la iglesia de Atlautla. Al fondo, el Popocatepetl, con su nevado cono emerge de la espesa vegetación de su falda; más acá, se ven la iglesia y el



El Popocatepetl visto desde el cementerio.

portal, y en primer término, la barda y la portada del cementerio, delante del cual cabalgan un charro mexicano y su mozo, detrás de dos indígenas, que caminan a pie.

Naturalmente, con el transcurso de más de un siglo, el lugar ha sufrido algunos cambios; hoy, por ejemplo, se yerguen dos corpulentos árboles delante de la portada del cementerio y ésta se cierra con rejas modernas. Pero, de todas maneras, se comprende desde luego que el cuadro de Egerton fué elaboración posterior, y casi de memoria, de un rápido apunte que habrá tomado al pasar por allí el pintor inglés, sin preocuparse mayormente por reproducir con fidelidad las proporciones ni los detalles arquitectónicos de la iglesia, y tomándose la licencia pictórica de situar ésta casi contigua al volcán, cuando en realidad se encuentra bien distante.

De la misma manera, las otras pinturas deben haber sido desarrollo posterior de rápidos bosquejos hechos *in situ*, ya que no hubiera sido posible ejecutar cuadros acabados durante la expedición misma.

Pero esta serie de pinturas de Atlautla y Popocatepetl, tan interesantes como agradables a la vista, vienen a hacer más patente la maestría de aquel ilustre e infortunado paisajista, enamorado de nuestro suelo, que se llamó Daniel Tomás Egerton.

1 *Apéndice al Diccionario Universal de Geografía y Estadística*. México, 1856. Tomo III. Artículo "Popocatepetl".

2 *Paisajes Mexicanos de un Pintor Inglés*. México, 1949; y *El Barón Gros y sus vistas de México*. México, 1953.

3 *Catalogue of Eighteenth and Nineteenth Century Paintings and Drawings*. London, Sotheby & Co. November, 1955.

4 Años más tarde, otro pintor, Eugenio Landeio, logró ascender al Popocatepetl, y ejecutó, al óleo sobre tela, una vista del cráter, que difiere por completo de las de Gros y Egerton.

En un artículo titulado "Envenenamiento de la Humanidad por la Radiación", H. J. Muller, distinguido en 1946 con el Premio Nobel para la fisiología y la medicina, declara sus alarmas al calcular los efectos producidos por las bombas nucleares (A y H) en las células del hombre, y particularmente en los genes, que son los vehículos fundamentales de la herencia. Las consecuencias más deplorables —concluye— recaerán sobre nuestros descendientes, los cuales se verán convertidos a la larga, de no dedicarse una mayor atención a las actuales amenazas, en verdaderas "ruinas biológicas".

(SATURDAY REVIEW. 9/VI.)

Se ha pretendido, con cierta frecuencia, que el panorama de la más reciente poesía inglesa adolece de una general mediocridad. John Lehmann considera que tales juicios no se sustentan en la realidad,

y ha dispuesto una pequeña antología de jóvenes: Kingsley Amis, Charles Causley, Thom Gunn, Elizabeth Jennings, Philip Larkin, Robert Nye y John Wain. Lehmann, sabiamente, deja al lector así informado, la sentencia definitiva.

(THE LONDON MAGAZINE. Mayo.)

A propósito de *Un certain soir*, de Françoise Sagan, afirma Bernard de Fallois: "Si la personalidad de la heroína da la impresión de algo ya visto, el estilo de la novela... da la impresión de algo ya leído. En su curso, se podría formular un catálogo de todos los procedimientos en uso den-

tro de la literatura novelística de los últimos cincuenta años." Y en efecto, lo formula a continuación.

(LA NOUVELLE REVUE FRANÇAISE. Mayo.)

Dos reapariciones: James Thurber ha decidido proseguir la confección de sus muy personales *Fábulas para nuestro tiempo*. Saul Steinberg, por su parte, agrega a sus estupendos reportajes dibujados uno más; esta vez sobre la vida en todas las Rusias.

(THE NEW YORKER. 9/VI.)

El grupo organizado por Emmanuel Mounier, hoy gobernado por

Albert Béguin, y que en buena proporción representa a los cristianos progresistas de Francia, aborda en un cuaderno monográfico los problemas del socialismo. En la advertencia se indica: "El socialismo contemporáneo requiere nuevos análisis, nuevas ideas..." Ideas y análisis que, en las páginas subsecuentes del cuaderno, se proponen copiosamente.

(ESPRIT. Mayo.)

Alemania ofrece otro testimonio del interés europeo por las cosas de América. Sendos estudios —no tan profundos como uno quisiera— sobre la historia, el lenguaje, la música, el paisaje, de Brasil, han sido vertidos al alemán, y adornados con expertas, bellas reproducciones.

(Du. Mayo.)

OTRAS REVISTAS